

El mensaje del sueño

a FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

*El universo lentamente fué recobrando su existencia primitiva
cuando el espíritu divino sobre las nieblas y las aguas se movía.
El Dios del lirio y de las aves vió que Francisco por su amor se había cansado,
y con sus manos, las del sueño, lo fué acercando a la quietud de su regazo.
Para que duerma San Francisco Dios ha mandado que la vida se detenga,
porque por Dios veló en el día, ahora es a Dios a quien le toca hacer la vela.
La noche expande sus dos brazos, como un paréntesis de paz sobre la tierra,
y San Francisco, como un niño, en esos brazos maternales se recuesta.
Mientras el sueño, suavemente, se va inyectando en el fulgor de su mirada,
el corazón de San Francisco va despertando a los raudales de la gracia:*

*Seco crujir de cien raíces, frío chirriar de la existencia al levar anclas,
triste dejar allá en el puerto, con los pañuelos que se alejan, toda el alma.*

*Después el mar, el mar profundo, cuyos secretos sólo sabe el que naufraga,
y que lo lleva con sus manos hasta la orilla prometida y suspirada.
Es ese mar el de aquel pueblo que fué sembrando crucifijos en las playas,
y que ahora deja San Francisco, crucificado por el celo de las almas.
Las olas vuelven hacia Europa, cuando Javier vuelve sus pasos hacia el Asia;
donde Francisco toca el polvo se van abriendo los caminos de la gracia.
Con San Francisco llega Cristo acompañado del amor y la esperanza;
con San Francisco todo un mundo abre sus puertas al Sermón de la Montaña.*

*Un nuevo sol brota en Oriente, un nuevo día se insinúa en sus riberas;
la luz ardiente del apóstol va disipando con su brillo las tinieblas.
Aquella luz se multiplica y todas juntas sólo forman una hoguera,
y el corazón de San Francisco es la substancia que las une y alimenta.
Sus labios tienen las palabras para el misterio, para el gozo y la tristeza,
y como gotas de rocío penetran mansas en el seno de la tierra.
Ellas son bálsamo en los surcos y son la savia que los sacia y los refresca,
ellas fecundan la semilla depositada en lo más hondo de sus venas.*

*En las tormentas es el fato, con cuya luz brota en el alma la confianza,
y ante el que duerme, mansamente, la blanca espuma de las olas encrespadas.
Desde esa torre San Francisco va dirigiendo al navegante hacia la playa;
su mano está constantemente tendiendo un puente entre el abismo y la esperanza.
Es que esa mano es una escala por donde el cielo con la tierra se entrelaza,
la piedra base es carne y hueso, pero la cima hasta las nubes se levanta.
Desde las nubes bienhechoras vuelca sus lluvias en los cuerpos y en las almas,
como la piedra del desierto, su mano brota los torrentes de la gracia.*

*El corazón busca expandirse y derramar en otras venas tanta sangre;
la huella exacta de su paso por los senderos se concreta en los altares.
Después correr, correr caminos, con la inquietud carcomedora de entregarse;
para Francisco no hay distancias cuando contempla las del Verbo al Encarnarse.*

*Como Moisés, sufre el desierto porque tras él hay una tierra que lo espera:
aquellos cuerpos amarillos son un trigal prometedor para la siega.
¡Qué pan sabroso el de ese trigo, y si él pudiera presentarlo en la gran Mesa! . . .
Como Moisés él lo ambiciona, como Moisés sus pies no tocan lo que anhelan.*

*¡Qué peso enorme el de aquel hombre descortocido que llevaba en sus espaldas!
Sobre los hombros de Francisco en aquel hombre todo un mundo descansaba.
La luz del día suavemente va penetrando por ventanas y por puertas,
cuando penetra a San Francisco, todo su cuerpo fatigado se despierta.
Dios le sonríe un nuevo día, y con el día le sonríe la esperanza,
Cristo ha pasado por Francisco, y ha conmovido las raíces de su alma.*

PEDRO MIGUEL FUENTES, S. J.